

« Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz » (Fil 2, 5-8)



Queridos hermanos e hijos,

Al celebrar la Fiesta de la Santa Cruz este año, el día 14 de septiembre, quiero invitarlos a reflexionar en el gran misterio de la kénosis o anodamiento, del cual nos habla San Pablo en Filipenses, capítulo 2º. Comprender algo de lo que Dios nos ha revelado en este misterio parece esencial a nuestra vida cristiana en el mundo de hoy, a las opciones y determinaciones fundamentales que hemos de tomar de cara a la eternidad. Que el Espíritu Santo conceda luz al predicador para iluminar las mentes de los fieles, y a éstos prontitud para dejarse resplandecer por la luz de la verdad.

Antes de la creación del mundo —conociendo Dios la infinitud de sus atributos y perfecciones, y dado que es propio del bien comunicarse y difundirse—, ha querido Dios ejercer su liberalidad y misericordia haciendo participar fuera de sí la plenitud encerrada en su divinidad. Por eso, quiso Dios comunicarse «ad extra», para que sus criaturas pudieran gozar de los tesoros de su gloria, de manera de santificarlas, y llenarlas de dones y perfecciones. De aquí que Dios determinase a que el Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, asumiera una humanidad santísima tomando carne y se hiciese visible como hombre. El misterio de la Encarnación conlleva en sí mismo *el anodamiento*, lo que se podría llamar «despojamiento infinito» *de Dios*. El Verbo al asumir una naturaleza humana se rebaja, se despoja, se ano-nada (se hace casi como nada), pues el infinito entra en la limitación del tiempo y del espacio. Al nacer con un cuerpo humano, como un niño pequeño, Dios mismo sufre, llora, ríe y necesita que lo alimenten, que lo cuiden, que lo abriguen —¡Él que ha creado, alimenta y sostiene a la creación entera! Que el Verbo hecho hombre, primogénito de toda criatura, por quien y para quien todo fue hecho haya querido hacerse tan frágil y débil como un niño recién nacido, como un joven que aprende, como un adulto que se deja humillar e incluso matar, es algo que nos deja perplejos y que nos debe llevar a meditar con frecuencia. Porque Cristo trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre, nos enseña el Concilio Vaticano II (GS 22). En este sentido, la Encarnación es verdaderamente una *kenosis*, un «despojarse», por parte del Hijo de Dios, de la gloria que tiene desde la eternidad (cf. *Fp* 2,6-8; *1 P* 3,18).

El mundo occidental vive hoy lo que San Juan de la Cruz podría llamar una «noche oscura del espíritu», con la diferencia respecto de los santos, de que al entrar en dicha noche, no ha mantenido la fe sino que ha sucumbido, se ha perdido. Luego de la Edad Media, que era como si la cristiandad hubiese alcanzado «la vía iluminativa», la evolución del pensamiento nos ha llevado en estos últimos 7 siglos, sociológicamente hablando, a la apostasía de la fe. La autoafirmación del hombre como lo absoluto, que ya está en la base del pecado original, ha llevado a constituir la soberbia humana en lo que Karol Wojtyła llama «la anti-palabra», un sistema de

pensamiento ideológico que excluye a Dios de la vida humana por principio, y, en nuestro tiempo, por principio democrático (prácticamente no hay gobernantes católicos ortodoxos en occidente, porque para llegar a presidente de un país hay que pagar el tributo obligado del agnosticismo o del ateísmo en cualquiera de sus formas). Son muchos los que llevados por la bestia apocalíptica, han vuelto la espalda a Dios *con desprecio*. Y este proceso encuentra también justificaciones al interior de la Iglesia, donde se buscan soluciones de manera de poder consensuar el Evangelio con el mundo, tanto en lo doctrinal, lo litúrgico, lo moral como en la oración. No me alargo en esta descripción que en Schola Veritatis no dejamos de estudiar desde diversas perspectivas (por ejemplo desde una lectura atenta de la Pascendi al cumplirse 100 años de su promulgación).

La pregunta que nos surge de lo dicho es: ¿Qué hacer en esta hora de la humanidad? Una respuesta, de las muchas que pueden surgir, la encontramos en aquella antifona de Completas que cantamos el día miércoles: «Nonne Deo subdita erit anima mea?» ¿Acaso no se someterá a Dios mi alma? Los tiempos actuales claman para que los cristianos testimonien con sus vidas el camino contrario que sigue el mundo. Y este camino es, junto al testimonio martirial por la verdad, el del anonadamiento. Si algo debiera caracterizar a los fieles católicos ahora es la humildad y la consiguiente obediencia a la Iglesia. Obediencia no sólo en cuestiones de fe y en leyes positivas y disposiciones disciplinares que nos venga de nuestros legítimos pastores, el obispo en comunión con el Papa, sino también mucho más aun. Se trata de una actitud interior de disponibilidad, de apertura, de prontitud a una obediencia en cosas de las cuales sería incluso legítimo discrepar. Esto es lo que San Ignacio dispuso para los jesuitas mediante un 4º voto de obediencia al Papa. Algo así queremos que caracterice a Schola Veritatis para responder de esta manera en sentido contrario y positivo a la apostasía actual.

Las palabras del gran Padre de la Iglesia, San Ambrosio nos pueden ayudar a entrar en este espíritu humilde cuando dice: ... el Verbo, al hacerse hombre, se rebajó; siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8, 9); era poderoso, y se mostró tan débil, que Herodes lo despreciaba y se burlaba de él; tenía poder para sacudir la tierra, y estaba atado a aquel árbol; envolvía el cielo en tinieblas, ponía en cruz al mundo, pero estaba clavado en la cruz; se había anonadado, pero lo llenaba todo. Descendió Dios, ascendió el hombre; el Verbo se hizo carne, para que la carne pudiera reivindicar para sí el trono del Verbo a la diestra de Dios; todo él era una llaga, pero de esa llaga salía unguento; parecía innoble, pero en él se reconocía a Dios" (III, 8, SAEMO IX, Milán-Roma 1987, pp. 131-133).

María Santísima, Mater Veritatis, la humilde esclava del Señor nos alcance esta gracia que le pedimos hoy. Amén.